

# LA BIBLIA EN LA CONFIGURACIÓN DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA DE LA VIDA CRISTIANA

A. LÓPEZ VALLEJOS

## 1. LA LITURGIA EN LA ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

Afortunadamente, iniciado el siglo XXI, ya no resulta necesario ni justificar ni polemizar en defensa de la particular significación y relevancia de la liturgia en la espiritualidad cristiana; de tal manera que resulta hoy un dato perfectamente asumido que la espiritualidad litúrgica sea considerada como la específica y propia de la Iglesia.

### a) *La espiritualidad del seguimiento de Cristo*

Entendemos por espiritualidad cristiana el método, praxis o procedimiento que nos permite el acceso a nuestra identificación con Cristo, reiteradamente expresado de múltiples formas en los escritos del Nuevo Testamento y particularmente en la teología de San Pablo:

- Revestirse de Cristo (Rm 13,14; Ga 3,27).
- Reproducir su imagen (Rm 8,29).
- Hacernos una misma cosa con él (Rm 6,5).
- Identificarse con los sentimientos de Cristo (Flp 2,5).
- Transformarse según su misma imagen gloriosa (2 Co 3,18).
- Alcanzar a Cristo y llegar a participar de su resurrección (Flp 3,10-12).
- Ser transfigurados a imagen de su cuerpo glorioso (Flp 3,21).
- Conseguir que la vida de Cristo se manifieste en nuestro cuerpo (2 Co 4,10).
- Llegar a ser partícipes de la naturaleza divina (2 P 1,4).

Aspiración cristiana de participación e identificación con la vida de Cristo, tal como aparece en la Escritura, con el realismo específicamente cristiano, nacido de la certeza de la encarnación del Dios-con-nosotros, y que siempre ha constituido una meta para cuantos se consideran seguidores de Cristo Jesús, el Señor. Originariamente, al menos,

la modalidad y los medios empleados para esta identificación con Cristo, en lo que entendemos hoy por espiritualidad, no era una cuestión meramente intelectual o especulativa, sino profundamente vivencial, en conformidad con los textos citados y tantos otros del mismo tono.

La cuestión que se plantea la iglesia es cómo establecer una vinculación efectiva y permanente con la persona de Cristo que permita hacernos una misma cosa con él, identificarnos con sus mismos sentimientos, conseguir que su vida se manifieste en nosotros, reproducir su imagen, permitirnos seguir sus huellas, y ser transformados en su imagen o llegar a participar de la naturaleza divina. Es decir, cómo continuar haciendo permanentemente actual la presencia de Cristo.

Durante los primeros siglos cristianos no se plantean diversidad de formas, ni siquiera la realidad misma de una espiritualidad. La identificación con Cristo está centrada en la experiencia del seguimiento (Mt 19,21; 1 P 2,21). En cuanto a los medios, no son otros que los transmitidos desde el Señor Jesús (1 Co 11,23), en la firme convicción de su permanente presencia: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). Presencia percibida y celebrada en los signos institucionales: «Haced esto como mi memorial» (1 Co 11,25).

b) *La celebración del memorial cristiano, expresión litúrgica del seguimiento*

La respuesta a esta aspiración por el seguimiento a una actualización de la presencia, a la necesidad de una experiencia vital, material y concreta de una vida en Cristo Jesús, la encuentra la iglesia en la celebración litúrgica del memorial. Una institución típicamente bíblica y específicamente cristiana, heredada del judaísmo: la actualización en signos de los acontecimientos de la salvación.

La esencia del ser cristiano consiste en esta identificación y asimilación de Cristo, vinculada, desde los orígenes, a una elemental vivencia sacramental y litúrgica, como aparece expresada en los conocidos sumarios que reflejan la vida de la primitiva Iglesia: «eran asiduos a la enseñanza de los apóstoles, a la fraternidad, a la fracción del pan y a las oraciones» (Hch 2,42).

Seguimiento y sacramentalidad, identificación con Cristo y experiencia litúrgica, son los elementos de una sencilla espiritualidad primitiva que, aun sin conciencia de tal, ha manifestado su absoluta validez y eficacia al configurar, durante siglos, la vida cristiana de muchas generaciones. Identificación con Cristo que encuentra en la experiencia de la cruz gloriosa un referente fundamental (Lc 9,23). Todo ello nos

permite afirmar que la espiritualidad cristiana se identifica desde sus mismos orígenes con la celebración litúrgica.

En la liturgia se actualizan y se hacen presentes los acontecimientos que configuran la historia de la salvación, y la celebración sacramental cristiana nos hace presente y nos permite la comunión con el acontecimiento pascual de Cristo y su eficacia salvadora y santificadora. La celebración litúrgica hace posible que la historia de la salvación bíblica se exprese como salvación en la historia personal y contemporánea de cada uno de los seguidores de Jesús a lo largo del tiempo.

c) *La espiritualidad litúrgica durante el primer milenio*

Las circunstancias históricas irán imponiendo, además, nuevas formas de seguimiento como el martirio y la práctica de la virginidad primero y las diversas formas de monaquismo después, tanto en Oriente –con el eremitismo (San Antonio) y el cenobitismo (San Basilio)– como en Occidente –con San Agustín, Casiano y San Benito de Nursia–. La oración y el trabajo, «ora et labora», aparecen como signo de unión de lo humano y lo divino. La celebración litúrgica es todavía el aglutinante y el método exclusivo de santificar la vida y de vivir el seguimiento y la imitación de Cristo.

Espiritualidad que se mantiene de algún modo inalterable, incluso después de la separación entre Oriente y Occidente, puesto que en los primeros siglos de la edad Media apenas sí se añade nada nuevo al planteamiento teológico y espiritual que hiciera la patrística del seguimiento de Cristo.

El imperio carolingio representa un intento de organización total de la sociedad según criterios cristianos, extendida por todo occidente con Alcuino y Rábano Mauro, hasta que aparece su decadencia a finales ya del primer milenio. La reforma benedictina de San Benito de Aniano constituye un nuevo movimiento espiritual, vinculado a la fundación de Cluny (San Odón y San Odilón), siempre centrado en la celebración litúrgica y del Oficio divino.

d) *Disociación medieval entre liturgia y espiritualidad*

Es ya en el II milenio, a finales del siglo XI, cuando se ponen de manifiesto nuevas tendencias ascéticas y de espiritualidad, respondiendo a las necesidades de creyentes que no pueden identificarse con las formas espirituales del monaquismo. Se trata de una aspiración de vivir la imitación evangélica en la vida privada, que nacen en una nueva situación social.

Aspiración de vida ascética y espiritualidad a la que responden los órdenes mendicantes, que comienzan a aparecer desde el siglo XIII y representan una profunda innovación en la institución de la vida religiosa, hasta ese momento fundamentalmente monástica y esencialmente vinculada, todavía, con la experiencia litúrgica. Franciscanos, Dominicos, Mínimos, Servitas Ermitaños de San Agustín, se dedican preferentemente a la predicación y a la formación religiosa del pueblo cristiano; desaparece la estabilidad en la vida monástica.

Es el momento en el que se configuran nuevos tipos y modelos de espiritualidad, que cada una de las órdenes religiosas van estructurando, según sus propias características y carismas, en respuesta a esta necesidad de formación y vivencia cristiana. De hecho, se va consolidando un distanciamiento progresivo entre vida espiritual y experiencia litúrgica, motivado por múltiples factores como son: el extrañamiento entre las nacientes lenguas romances y la lengua litúrgica; el complicado alegorismo atribuido a los ritos, ajeno al simbolismo original; el seguimiento e imitación de Cristo reducido a ejemplaridad moral.

La mística renana, la imitación de Cristo, la «devotio moderna», son otras tantas modalidades, más o menos especulativas o vivenciales, afectivas o racionales, de modalidades ascéticas o metodológicas, que ejercen una profunda influencia en amplios sectores cristianos y en formas posteriores de espiritualidad como la ignaciana, teresiana, monfortiana, que son las que han determinado, decididamente, el proceso espiritual y de santificación de muchos cristianos hasta nuestros días.

La liturgia comienza a quedar reducida a sus aspectos más formales, a mera representación, pero en sentido escénico y dramático, a elemento decorativo o de solemnidad. Así entendida, difícilmente puede ser inspiradora o portadora de espiritualidad; cualquier otra forma o praxis devocional aventaja, con creces, a este formalismo externo con el que se identifica la celebración.

Las realidades objetivas, es decir, la proclamación de la palabra, y la actualización memorial en el signo sacramental, siguen estando presentes en la liturgia, pero el pueblo cristiano ha perdido la referencia simbólica a las fuentes verdaderas y no se siente motivado por ellas. Afortunadamente encuentra en la devoción, en la meditación, en el culto a los santos, en los ejercicios piadosos y ascéticos, sustitutivos que de alguna manera mantienen la referencia cristiana y constituyen formas alternativas de espiritualidad.

#### e) *Trento y el Movimiento Litúrgico*

Aunque el Concilio de Trento (1545-1563) se propuso devolver a la liturgia su primacía en la vida espiritual, se encontró muy condicionado

por las pretensiones y exigencias de los reformadores, materializadas en un subjetivismo antisacramental. De este modo, la reforma tridentina, saliendo al paso de los principales abusos doctrinales y rituales, se vio reducida a una legislación minuciosa de una nueva ritualidad.

Fue un siglo más tarde, a mediados del siglo XVI, cuando comenzó a hacerse realidad el proyecto de Trento de devolver a la liturgia su verdadera identidad de inspiradora y fuente de la espiritualidad con los redescubrimientos y primeros estudios sistemáticos de los antiguos sacramentarios romanos y galicanos (Tommasi, Muratori, Mabillon y los Oratorianos). Se puso en evidencia, entonces, el lugar privilegiado que siempre tuvo la liturgia en la configuración de la espiritualidad cristiana.

Pero es sólo a comienzos del pasado siglo XX, cuando la publicación y el estudio crítico de las fuentes litúrgicas se refleja en un nuevo planteamiento teológico de la liturgia con el llamado Movimiento Litúrgico. Recientemente se ha conmemorado el primer centenario del *motu proprio* de Pío X, «Tra le sollecitudini» (22 de noviembre de 1903), donde ya se afirmaba: «la participación activa en los sacrosantos misterios de la iglesia constituye la primera e indispensable fuente del verdadero espíritu cristiano».

El Movimiento Litúrgico se fue consolidando, desde comienzos del pasado siglo, en torno a estudiosos y figuras carismáticas que recuperan para la liturgia su característica fundamental: la de inspiradora, causa y estímulo de la auténtica espiritualidad cristiana. Es a la sombra de monasterios benedictinos como Maredsous y Mont Cesar, Bauron, Maria Laach y Finalpia, y de personalidades como dom Beauduin, o dom Festugiere, o el abad Herwegen, y sus monjes Mohlberg y Odo Casel, o dom Caronti; de sacerdotes como Guardini y profesores como Baumstark, donde se va recuperando, no sin dificultades, esta renovada valoración de la liturgia como medio de santificación, y no simple: «aspecto sensible, ceremonial y decorativo del culto», como había llegado a publicarse, negando a la liturgia toda capacidad de fundamentar la vida espiritual. La encíclica *Mediator Dei*, de Pío XII, en 1947, fue considerada como el primer reconocimiento oficial y público que refrenda este planteamiento.

f) *La «Sacrosantum Concilium»*

Con estos precedentes no resulta anecdótico que dos de las cuatro constituciones emanadas del Concilio Vaticano II, la «Sacrosantum Concilium» (SC) primero (4 de diciembre de 1963), y la «Dei Verbum» (DV) después (21 de noviembre de 1964), los dos documentos conciliares que más directamente atañen a este tema de la Biblia en la

espiritualidad litúrgica, representasen sus primeras decisiones. Las reflexiones, tanto sobre la celebración de la fe como sobre la revelación divina, estaban avaladas, precedidas y refrendadas por los movimientos litúrgico y bíblico, que a lo largo de todo el siglo XX venían configurando toda la teología y la vida eclesial.

El Concilio Vaticano II afirma en la SC, con toda rotundidad, que la liturgia representa: «*la cumbre* a la que tiende toda la actividad de la iglesia, y al mismo tiempo, *la fuente* de donde mana toda su fuerza» (10), al reconocer que es en ella «donde se ejerce la obra de nuestra redención» (2). «Con razón, se considera la liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo... En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la iglesia» (7).

Tan especial calificación y singular reconocimiento de la liturgia no significa mera retórica o una pretensión privilegiada; responde simplemente al reconocimiento de que en la celebración está siempre presente Cristo, de una forma sacramental y misteriosa (SC 7).

### g) *Características de la espiritualidad litúrgica*

El reconocimiento de este nuevo modo de presencia del misterio pascual de Cristo en la acción litúrgica nace de las características específicas que configuran la espiritualidad litúrgica como *cumbre* y *fuentes*, y hacen recomendable que las restantes formas alternativas de piedad y demás ejercicios piadosos del pueblo cristiano «se organicen teniendo en cuenta los tiempos litúrgicos, de modo que vayan de acuerdo con la sagrada liturgia, en cierto modo deriven de ella y a ella conduzcan al pueblo, ya que la liturgia, por su naturaleza, está muy por encima de ellos» (SC 13). Las características que confieren a la espiritualidad litúrgica, esta singularidad, podrían detallarse:

#### 1) *Bíblica*

En primer lugar, se reconoce una especial singularidad a la espiritualidad litúrgica porque encuentra en la Palabra de Dios su referente fundamental y casi exclusivo y se fundamenta en la certeza del poder mismo de la palabra celebrada (Mc 12,24), de las Escrituras, que transmiten la sabiduría que conduce a la salvación (2 Tm 3,15-17), nos mantienen en la esperanza (Rm 15,4) y tienen el poder de conducirnos a la herencia de los santificados (Hch 20,32). Espiritualidad bíblica fundada en la eficacia de su celebración para actualizar los

acontecimientos de la salvación proclamados en cada celebración, en el convencimiento de que la fe viene por la predicación de la palabra de Cristo (Rm 10,17), y en el poder que reside en ella para la lograr la transformación cristiana (Hbr 4,12; Lc 24,32.45; Jn 20,9).

Por ser bíblica, la espiritualidad litúrgica es fundamentalmente cristocéntrica al presentar a Cristo como centro y fin de las Escrituras (Jn 5,39.46; 2,2; 12,41) y en quien todo encuentra su realización definitiva y su total cumplimiento (Mt 26,54; Mc 14,49; 15,28; Lc 18,31; 21,22; Jn 13,18; 15,25; 19,24). Por ser bíblica y cristocéntrica, la espiritualidad litúrgica se manifiesta, además, como esencialmente Pascual, es decir, centrada en el misterio pascual de Cristo, de su bienaventurada pasión, resurrección de entre los muertos y gloriosa ascensión, como reiteradamente queda subrayado en la constitución conciliar (SC 5, 6). Es la totalidad del acontecimiento pascual, desde el anonadamiento de su encarnación y primera venida hasta su retorno definitivo en gloria (Flp 2,5-11), lo que se celebra, se actualiza y se cumple en cada celebración litúrgica.

Espiritualidad especialmente trinitaria al mismo tiempo que cristológica, puesto que toda ella tiene como objetivo último la alabanza de Dios Padre en el poder santificador del Espíritu del que Cristo se presenta como mediador indispensable: «Por Cristo, con Cristo y en Cristo, a Ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria».

## 2) *Sacramental*

La liturgia presenta una espiritualidad vinculada no sólo al anuncio de la palabra sino a realidades materiales, tan visibles y concretas como las que celebran los sacramentos, a través de los cuales se actualiza la presencia del salvador, poderoso en obras y palabras (Lc 24,19; Hch 7,22). De este modo, el poder y la eficacia de la palabra alcanza su plenitud mediante la celebración sacramental, como queda reflejado en la constitución conciliar: «Cristo no sólo envió a los apóstoles a predicar el evangelio a toda criatura y a anunciar que el Hijo de Dios, con su muerte y resurrección, nos libró del poder de Satanás y de la muerte y nos condujo al reino del Padre, sino también a realizar la obra de salvación que proclamaban mediante los sacramentos, en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica» (SC 6).

Los acontecimientos salvíficos, que se hacen presentes en la palabra proclamada, se actualizan, se realizan en la ritualidad de cada celebración sacramental y litúrgica. Es a través de los sacramentos y de su significación memorial donde se realiza nuestra participación y asimilación personal del misterio pascual de Cristo. La eclesialidad de la

celebración de los sacramentos confiere a la espiritualidad litúrgica un suplemento de objetividad, expresado en la ritualidad de esta oración pública y oficial de la iglesia (SC 22, 26).

### 3) *Plena*

La espiritualidad nacida de la celebración litúrgica aparece con esta característica de plenitud y globalidad; por manifestarse, en primer lugar, como universalmente válida para todo tipo de cristianos, al margen de su situación personal, espiritual, social, cultural. Además, se trata de una espiritualidad que permite la identificación y comunión con la plenitud del misterio de Cristo tal y como se celebra en la totalidad de la vida litúrgica, superando, con ello, posibles dicotomías, particularismos y preferencias devocionales.

### 4) *Cíclica*

Otra característica, y no de menor importancia, de la espiritualidad litúrgica es la expresada en su repetitividad cíclica y permanente al ritmo de los ciclos litúrgicos. Cada celebración representa una expresión particular del único misterio de Cristo, que va haciendo posible, progresivamente, la transfiguración propia del seguimiento cristiano.

## 2. LA BIBLIA COMO COMPONENTE ESENCIAL DE LA ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA

La iglesia, desde sus orígenes, ha vivido su espiritualidad especialmente vinculada a la celebración litúrgica y de un modo especial ha conseguido, en nuestros días, recuperar esta primacía de la proclamación bíblica en el proceso del seguimiento y de la configuración con Cristo (Rm 8,29; 2 Co 3,18), atribuyéndole particular validez y eficacia (SC 7, 10, 11) apoyada en la categoría bíblica del memorial.

### a) *Poder actualizador de la celebración memorial*

«La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el cuerpo de Cristo, sobre todo en la sagrada liturgia», afirma el Concilio Vaticano II (DV 21). Esta estrecha relación entre Biblia y celebración resulta tan esencial y fundamental que ha podido afirmarse que la Biblia nace de la liturgia y para la liturgia; la celebración cultural, desde sus orígenes, está, por tanto, esencialmente vinculada a la proclamación del acontecimiento bíblico. Tan cierto resulta

afirmar que los acontecimientos salvíficos se transmiten en su forma oral y escrita, con la finalidad de poder ser celebrados y actualizados permanentemente mediante la celebración memorial que los haga permanentemente presentes (Ex 12,1-14; 13,1-8; 23,14; Jos 4,7); como que no es posible una celebración cultural del memorial litúrgico que no haga referencia expresa a acontecimientos de la historia de la salvación, «de modo que puedan los fieles ponerse en contacto con ellos y llenarse de la gracia de la salvación» (SC 102).

Desde sus orígenes veterotestamentarios, el culto memorial del acontecimiento salvífico se manifiesta como una peculiaridad bíblica, que permite perpetuar la fuerza y eficacia de la acción misma proclamada y celebrada. Celebración litúrgica del memorial, que no puede reducirse a un mero proceso psicológico de recuerdo subjetivo, sino que debe interpretarse con las categorías bíblicas del memorial, expresada mediante unos signos materiales y rituales. De este modo, es precisamente en la objetividad del memorial como la liturgia hace nuevamente presente la intervención salvadora proclamada en el relato bíblico.

El Antiguo Testamento está totalmente jalonado de esta experiencia litúrgica de culto memorial –incluso en el lenguaje antropomórfico de los salmos– cuando hace mención del «recordar de Dios» como referencia a la fuerza actualizadora del poder salvador de Yahvéh. Memorial con que el pueblo de Israel vuelve a celebrar y a hacer presente en cada una de sus grandes fiestas conmemorativas: la de las Semanas (Lv 23,15-22), la del mes séptimo y las Tiendas (Lv 23,23-36), la del Sábado (Ex 23,10-11) y, fundamentalmente, la de la Pascua (Lv 23,5-14; Dt 6-7).

La finalidad del culto memorial es actualizar de generación en generación y hacer permanentemente presentes las acciones salvadoras de la historia de la salvación, impidiendo que caigan en el olvido de la memoria histórica (Ex 12,17-24; Dt 6,7.12; 7,9.18; 8,2.11; 9,7), y que sean revividas y actualizadas en todo tiempo mediante el culto litúrgico. Desde sus orígenes bíblicos, el memorial litúrgico ha representado la modalidad específica con la que el pueblo de Dios ha celebrado y revivido los acontecimientos de la salvación, haciéndolos permanentemente presentes, actuales, vivos y eficaces.

#### b) *Biblia, Escritura y Palabra de Dios*

Pretendiendo establecer alguna diferencia o gradación terminológica entre las diversas denominaciones con los que nos referimos al conjunto de textos que nos transmiten los acontecimientos salvíficos, podríamos referirnos a la Biblia (DV 25) como continente y a la Escritura (DV 23.24.25) como contenido del relato salvífico. Y podría afirmar-

se que en la celebración litúrgica la iglesia se sirve de la Biblia para proclamar la Escritura, y que su celebración memorial hace posible el acontecimiento de la Palabra de Dios como cumplimiento del acontecimiento celebrado; es decir, un nuevo acontecimiento salvador, actual, vivo y eficaz, según el criterio de actualización de la Escritura, que mantiene su eterna validez: «hoy se cumple esta escritura» (Lc 4,21).

Así se expresa la Ordenación General de las Lecturas de la Misa (OGLM, 1981): «La celebración litúrgica, que se sostiene y apoya principalmente en la palabra de Dios, se convierte en un nuevo acontecimiento y enriquece esta palabra con una nueva interpretación y una nueva eficacia. De este modo, en la liturgia la iglesia sigue fielmente el mismo sistema que usó Cristo en la lectura e interpretación de las sagradas escrituras, puesto que él exhorta a profundizar el conjunto de las Escrituras partiendo del “hoy” de su acontecimiento personal» (3). «Cristo está siempre presente en su palabra; más aún, la salvación que proclama la palabra de Dios alcanza su pleno significado en la acción litúrgica, de modo que la celebración se convierte en una continua, plena y eficaz actualización del acontecimiento salvador» (4).

«La Iglesia se edifica y va creciendo por la celebración de la palabra de Dios y de las maravillas que, de muchas maneras, realizó Dios en otro tiempo en la historia de la salvación, se hacen de nuevo presentes, de un modo misterioso pero real, a través de los signos litúrgicos. Esta palabra de Dios, que es proclamada en la celebración de los sagrados misterios, no sólo atañe a la actual situación presente, sino que mira también el pasado y, de algún modo, vislumbra las realidades definitivas, haciéndonos presentes las que esperamos, para que en medio de las vicisitudes de este mundo nuestros corazones estén firmes en la verdadera alegría» (7).

### 3. CONCLUSIÓN

Entendiendo la espiritualidad cristiana como un proceso de configuración, revestimiento e identificación con Cristo, se puede afirmar que las diversas formas de la ritualidad litúrgica configuran la espiritualidad con la que la iglesia siempre se ha identificado y ha propuesto a sus fieles como mediación eficaz para conseguirla.

La celebración litúrgica y memorial ritual de las intervenciones de Dios y de los acontecimientos de la historia de la salvación, proclamados en la Escritura, permite actualizar y hacer nuevamente presente la eficacia salvadora de la acción de Dios en las circunstancias históricas de quienes participan y experimentar el «hoy» eterno de la salvación.